

“Mi mujer necesita marido”

DENTRO DEL género liviano, lo más corriente es encontrar en el teatro obras simpáticas, de una cierta gracia, pero que no resisten un análisis prolijo; hecho éste, se transforman en pompas de jabón, se esfuman y sólo queda de ellas una especie de buena voluntad del público que admite “haber pasado un rato agradable”... y nada más. En “Mi mujer necesita marido”, hay este algo más en forma definitiva.



A. Flores

Desde sus primeras escenas, el diálogo no se pierde en preparar la acción, sino que la ataca inmediatamente, anticipando en la animada conversación de los dos personajes principales, la situación original y jocosa en que se van a encontrar más tarde. En el segundo y tercer actos, esta situación se presenta llena de gracia, arrancando al espectador carcajadas con chistes de buena ley y una acción progresiva y divertida que en cada una de sus complicaciones mantiene el ritmo y la teatralidad que sostienen la obra entera.

Tal vez el defecto principal

dentro de este conjunto tan lo grado estriba en algunas escenas del acto cuarto, cuyo desenlace parece próximo en varias ocasiones, y, sin embargo, se alarga demasiado, girando el argumento en torno a cosas algunas repetidas y otras nuevas, pero que complican innecesariamente una trama ya prácticamente finalizada. Esto, a pesar de todo, da lugar a situaciones también graciosas, y no restan simpatía a la obra, que, sin embargo, ganaría con algunos cortes del último acto.

En cuanto al diálogo, él es ameno, chispeante y lleno de gracia; subraya las situaciones sin apartarse de ellas, pero sin absorberlas tampoco, como suele suceder en las piezas de este género, donde el argumento generalmente es pobre.

Respecto de la audacia y la malicia de frases o situaciones, ello nos parece ampliamente justificado dentro del argumento y su desarrollo, y por ningún motivo más exagerado que en cualquiera de las piezas extranjeras de este género que se han dado en otras ocasiones. Roussin, sin ir más lejos, con “Nina”, “La pequeña choza”, y “El Ministro espera familia”, ha superado en este aspecto las convenciones de los antiguos cultores del género liviano, franceses y húngaros, acostumbrando al espectador a una mayor libertad en situación y lenguaje.

En la interpretación de la pieza se destaca especialmente Flores, en el papel del marido, que actúa con brillo e intención. No así Frontaura, un tanto apagado como el doctor Landan.

Fernando Morales saca partido de su mexicano, y Manolita Fernández defiende un rol que en París hubiera correspondido a Elvire Popescu. Agradable la escenografía de Rodolfo Martínez.

En suma: un espectáculo ameno y la consagración de un excelente autor de vaudevilles.